

Homilías Domingo Séptimo del Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo evangelio según san Mateo

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

-«Habéis oído que se dijo: "Ojo por ojo, diente por diente." Yo, en cambio, os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehuyas.

Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo" y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos.

Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.»

Palabra del Señor.

Homilías

(A)

“SED PERFECTOS”

Hablamos mucho del amor. Pero ¿qué es para nosotros el amor? ¿A quién amamos? Porque el amor que pone medidas, no es amor. El amor selectivo, no es amor. El amor que excluye, no es amor. El amor o es universal o no es verdadero amor. El amor no necesita que alguien merezca ser amado. La amistad puede ser selectiva. Pero no el amor.

Por eso mismo Dios ama a todos, buenos y malos.

La violencia es desamor.

La venganza trata de expresar el poder.

La exclusión habla de corazones recortados.

La selección habla de corazones estrechos.

Mientras el amor universaliza, la violencia y la venganza estrecha el horizonte de la humanidad.

El amor es capaz fortalecer y de dar vida incluso en los momentos más difíciles, incluso cuando uno es tratado injustamente.

Quiero copiarte la experiencia del psiquiatra Viktor Frank desde el campo de concentración. Los campos nazis no eran precisamente espacios para despertar el amor en el corazón humano, sino deseos de venganza, que era lo que en el fondo sentía también Frank. Tomo el texto del librito Maktub de Paulo Coelho:

“... en medio del castigo humillante, un preso dijo: “¡Ah, qué vergüenza si nuestras mujeres nos vieses así!” El comentario me hizo recordar el rostro de mi esposa y, en el mismo instante, me sacó de aquel infierno. La voluntad de vivir volvió, diciéndome que la salvación del hombre es para y por el amor.

Allí estaba yo, en medio del suplicio y, aún así, capaz de entender a Dios, porque podía contemplar mentalmente el rostro de mi amada.

El guardia nos mandó pasar a todos, pero no obedecí, porque no estaba en el infierno en aquel momento. Aunque no pudiese saber si mi mujer estaba viva o muerta, eso no cambiaba nada. Contemplar mentalmente su imagen me devolvió la dignidad y la fuerza. Incluso cuando se lo quitan todo, un hombre aún tiene la bienaventuranza de recordar el rostro de quien ama, y esto salva”.

La venganza, el “ojo por ojo” no soluciona problema alguno y agrava más la situación. La venganza es como la herida que se raspa y se va agrandando cada día. Las ofensas y las injusticias solo tienen una respuesta: Amar a pesar de todo.

Me viene a la mente aquello del famoso escritor José María Gironella quien, en plena guerra civil española, viviendo en Gerona, sintió que peligraba su vida. No tomó las armas para defenderse, aunque fuese, como suele decirse “en legítima defensa”. El 6 de diciembre de 1936, decidió huir por los montes a Francia. En la frontera, los gendarmes franceses lo detuvieron y revisan todos sus bolsillos. Y cuál fue su sorpresa cuando los gendarmes encuentran en el bolsillo del pantalón un papelito

muy pequeño que ni él sabía que estaba allí. Su padre Don Joaquín, a escondidas, le había escrito: “Hijo, no mates a nadie”.

Don Joaquín, comenta Martín Descalzo, sabía lo que era la verdad: “matar es más mortal que morir. Se mueren mucho más los que matan que los que caen muertos” Y añade: “Don Joaquín quería que su hijo volviera, pero no quería que regresara con el alma muerta”.

Porque cuando alguien mata siempre mueren dos: el que mata y el que ha caído muerto.

Jesús conocía muy bien el corazón humano. Y conocía también la antigua ley del “ojo por ojo”. Pero no sólo conocía el corazón humano capaz de llenarse de odio, de rencor y resentimiento y de venganza. También conocía que, cuando se ha descubierto el amor de Dios, el corazón humano es capaz de amar incluso a quienes han sido o son un peligro para él.

Víctor Frank cambió su corazón con el simple recordar el semblante de su esposa que ni siquiera sabía si estaba viva o muerta. Pero abrió su corazón a la vida y a la esperanza y al amor.

Por algo Jesús, cuando nos pide una actitud distinta a la violencia, a la venganza, a la selectividad, y nos propone el amor a todos, sabía que cuando el creyente es capaz de comprender aquello de “tanto amó Dios al mundo que entregó a su propio Hijo”, nos propone el ideal de Dios, aparentemente un ideal imposible: “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”. Olvidémonos de las mejillas. Y vayamos al fondo del Evangelio y del corazón humano: el amor, y un amor universal como es el amor de Dios. Sólo así, y no a bofetadas, podremos crear ese mundo nuevo que se llama “Reino de Dios”.

(B)

DIFÍCIL, PERO INCUESTIONABLE

Hay que reconocer que la consigna de Jesús de amar al enemigo y de hacer el bien a los que nos aborrecen resulta difícil; y para los que no viven en serio la fe, incomprendible. ¡Vaya si es difícil perdonar y amar a quien por fanatismo político te ha privado de lo más querido: el esposo o un hijo! ¡Vaya si es difícil perdonar y amar al que ha deshecho tu vida porque con un explosivo te ha privado de las piernas! ¡Vaya si es difícil perdonar a quien te ha destrozado la vida robándote a traición el marido o

la esposa, o el puesto de trabajo, o una herencia que te pertenecía legítimamente!

Es difícil amar al que te odia, al que te hace la vida imposible, al que no te deja vivir en paz, al que ha manchado tu imagen. Resulta muy difícil tender la mano a quien te puso la zancadilla, como es difícil amar y ayudar al que te cae antipático, al interesado y egoísta. Sin embargo, el amor hacia ellos y la actitud de ayuda es incuestionable para los discípulos de Jesús. No se trata de una consigna opcional o exclusiva para héroes, sino de una señal distintiva del cristiano.

Como afirman los teólogos y pensadores cristianos, nuestra señal identificadora, más que el amor mutuo entre nosotros, es el amor a los enemigos. Por eso Jesús dice: "Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Eso lo hacen también los pecadores, los que viven en la dinámica del egoísmo". En cambio, los primeros cristianos se distinguían por la vivencia de los dos aspectos esenciales del amor evangélico: el amor fraterno de comunión y el amor de perdón a los enemigos. Recordemos el ejemplo de Esteban que muere mártir orando por los que le quitan la vida a pedradas. La fraternidad y el amor a los enemigos, conjuntamente, eran los que dejaban atónitos a judíos y paganos..

UN TEST DE AUTENTICIDAD DEL AMOR

Es imprescindible amar, acoger y ayudar a los enemigos repulsivos porque es consigna de Jesús, porque hay que irradiar el amor de Dios a todos los hombres, porque Jesús amó y perdonó a todos, y ahora también nos perdona y ayuda a todos incondicionalmente.

Pero Jesús no lo hizo porque sí, sino por una razón profunda: El amor a los que parecería que presentan todas las razones para ser odiados es el amor más puro, el test de autenticidad de todo "otro" amor. Yo me siento profundamente amado por el amigo que es capaz de amar a sus enemigos, a los seres más degradados.

El amor es esencialmente gratuito, y el amor a los enemigos repelentes está ungido con una total y absoluta gratuidad. En este caso, se ama no a aquél al que debes algo, sino sólo y exclusivamente porque sí, por la sencilla razón de que es una persona, un hijo de Dios. Se ama a fondo perdido, como ama Dios. Se ama "divinamente".

Amar al simpático, al que te ha colmado de favores, al buenazo, al que es adorable, eso lo hace cualquiera. Pero, ¿es amor o complacencia? Madre, lo que se dice madre, no es sólo aquella que adora al hijo que es un encanto, que la llena de satisfacciones porque es bueno, sino también aquella que ama al hijo degenerado, que le ha destrozado la vida a

disgustos, para regenerarle. Ésa es doblemente madre. Amar a los indeseables es privilegio de los espíritus magnánimos y de las almas grandes. Pagar odio con odio y mal con represalias es revolcarse en el mismo fango que los enemigos. El odio degrada, aunque sea un odio-respuesta a otro odio.

Por lo demás, hay que decir que sólo quien ama al enemigo y al indeseable ama de verdad a los amigos. Quien excluye a alguien de su amor es que no ama a nadie; o amamos a todos o no amamos a nadie, porque toda persona reúne las razones básicas y suficientes por las que hemos de amar a los seres humanos. Naturalmente, Jesús no nos exige que sintamos ante quien nos ha robado la billetera o nos ha clavado la navaja lo mismo que ante quien nos ha hecho un regalo y cuida de nosotros. No nos pide la ternura y los sentimientos de alegría que sentimos en presencia de quien sabemos que nos ama. Sólo nos pide aceptación, perdón, comprensión y compasión. Sí, compasión porque muchas veces se trata de verdaderos enfermos psíquicos, que temperamentalmente o educacionalmente son unos tarados infelices; por eso precisamente no dejan ser felices a los demás.

AMOR Y PERDÓN, EXPRESIÓN Y FUENTE DE VIGOR

Hay consignas de Jesús que parecen escandalosas: "No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pida, dale, y al que te pida prestado, no le vuelvas la espalda". Con estas palabras Jesús no nos invita a la ingenuidad, ni a la debilidad, ni a dar paso libre a los truhanes y caraduras de turno. Es preciso tener en cuenta el contexto en que habla Jesús y el lenguaje exagerado de los orientales. Tolerar pasivamente las injusticias y retirarse de la lucha contra el mal sería una traición al Evangelio. Hay que denunciar ante la Justicia, llevar a los tribunales, cuando sea necesario defender los derechos; aplicar sanciones cuando sea preciso, pero sin odio, sin espíritu vengativo, respetando siempre la dignidad de las personas y buscando su regeneración.

Jesús perdonó a todos, pero no fue pasivo ante la violencia. No puso la otra mejilla: "Si he hablado mal, dime en qué; y si he hablado bien, ¿por qué me pegas?" (Jn 18,23).

Además de las razones teológicas para rechazar el odio, hay otra razón poderosa: la paz interior, la salud psíquica. Se dice muy gráficamente: "El odio me recome". Y es que el odio, el rencor, el resentimiento son como

una úlcera en lo profundo del espíritu que impide gozar de la vida. Es una experiencia de infierno. Las malas jugadas desencadenan represalias que, a su vez, provocan otras represalias contra las anteriores; así se genera una espiral de violencia interminable. Por eso, como todos sabemos, a veces saber perder es ganar. El odio es como el cáncer en el corazón humano. El cristiano no sólo ha de estar liberado del odio y del rencor, sino que ha de ser el que dé el primer paso hacia la reconciliación.

REVISIÓN DE VIDA

La Palabra del Señor nos urge a preguntarnos: ¿Tengo algún resentimiento que no acabo de vencer? ¿Tengo enemistades que no acabo de superar? ¿Cómo intento liberarme de estas esclavitudes? ¿Qué hago por la reconciliación?

Me imagino que más que odios dramáticos, lo que puede darse con más facilidad en nuestra vida es una agresividad inconsciente hacia personas con las que no congeniamos o de las que creemos que son injustas, interesadas y egoístas con nosotros, y a las que no terminamos de acoger y con las que no vivimos íntimamente reconciliados a pesar de nuestras relaciones más o menos corteses. San Juan de la Cruz tenía esta sabia consigna: "Donde no hay amor, siembra amor y cosecharás amor".

¡Qué sobrehumano es Jesús! ¿Cómo responde a las carcajadas de sus verdugos que se ríen estentóreamente de él porque, por fin, le tienen bien remachado en la cruz, con la carne hecha colgajos y con el cuerpo hecho una pura llaga? "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34). ¿No saben lo que hacen cuando llevan meses y meses planeando minuciosamente su muerte? ¡Lo que hace el amor!

Empeñémonos en vivir la tan conocida plegaria de san Francisco de Asís: "Señor, haz de mí un instrumento de tu paz. Que donde haya odio, yo ponga amor".

(C)

Los cristianos no sabemos a veces captar algo que *M. Gandhi* descubrió con gozo al leer el Evangelio: la profunda convicción de Jesús de que sólo la no-violencia puede salvar a la humanidad. Después de su encuentro con el Evangelio, *Gandhi* escribía estas palabras: «*Leyendo toda la historia de esta vida... me parece que el cristianismo está todavía por realizar... Mientras no hayamos arrancado de raíz la violencia de la civilización, Cristo no ha nacido todavía.*»

La vida entera de Jesús ha sido, desde el principio hasta el fin, una llamada a resolver los problemas de la humanidad por caminos no violentos. La violencia tiende siempre a destruir. Pretende solucionar los problemas de la convivencia arrasando al que considera enemigo, pero no hace sino poner en marcha una reacción en cadena que no tiene fin.

Jesús nos llama a «hacer violencia a la violencia». El verdadero enemigo del hombre hacia el que tenemos que dirigir nuestra agresividad no es el otro, sino nuestro propio «yo» egoísta, capaz de destruir a quien se nos oponga.

Es una equivocación creer que el mal se puede detener con el mal y la injusticia con la injusticia. El respeto total a cada hombre y a cada mujer, tal como lo entiende Jesús, está pidiendo un esfuerzo constante por suprimir la mutua violencia y promover el diálogo y la búsqueda común de una convivencia siempre más justa y fraterna.

Los cristianos hemos de preguntarnos por qué no hemos sabido todavía extraer del Evangelio todas las consecuencias de la «no-violencia» de Jesús, y por qué no le hemos dado el papel central que ha de ocupar en la vida y la predicación de las Iglesias.

No basta denunciar el terrorismo. No es suficiente sobrecogernos y mostrar repulsa cada vez que se atenta contra la vida. Día a día hemos de construir entre todos otro clima suprimiendo de raíz *«el ojo por ojo y diente por diente»* y cultivando una actitud reconciliadora difícil pero posible. Las palabras de Jesús nos interpelan y nos sostienen: *«Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen.»*

P. Juan Jáuregui Castelo